



# MEMORIAL DE INFANTERÍA.

Se publica en Madrid seis veces al mes.—Punto de suscripción: Madrid, en la Dirección general de Infantería.—Precio 2 rs. mensuales, lo mismo en Madrid que en todo el Reino.—En Cuba y Puerto-Rico 10 rs. por trimestre; Filipinas 12.

*Dirección general de Infantería.*—Negociado 10.—Circular núm. 321.—El Excmo. Sr. Subsecretario del Ministerio de la Guerra, con fecha 4.º del actual, me dice lo siguiente:

Excmo. Sr.: La Reina (Q. D. G.) se ha servido expedir el Real decreto siguiente: Accediendo á los deseos de los Caballeros de las ínclitas y beneméritas órdenes de Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa, y como una prueba de lo grato que me es el recuerdo de sus gloriosos hechos históricos y de los especiales servicios que han prestado al Trono y al país, he venido en concederles, de conformidad con lo propuesto por mi Ministro de la Guerra, el uso del uniforme siguiente: casaca blanca con solapa del mismo color; adherente á esta la Cruz de la respectiva Orden colocada sobre el centro de ella; esta Cruz será de paño, de color correspondiente y tendrá 26 centímetros de longitud, sujetándose para el ancho á la hechura y ta-

maño de la solapa; el cuello, vueltas, forro, vivos y barras, del color que pertenece á la Cruz de cada Orden; en los hombros la cifra de Gran Maestro; espada de ceñir, con cordon de oro; pantalon azul Prusia con franja de oro, la cual tendrá en su tejido la Cruz de la Orden respectiva y un ancho de 55 milímetros; boton convexo con cerquillo alrededor, fondo dorado y bruñido y la Cruz de su correspondiente Orden dorado mate; los del cuerpo, de 23 milímetros de diámetro y 7 milímetros de elevacion, y de 45 milímetros y 6 milímetros respectivamente los de las mangas y hombreras; sombrero apuntado con galon de oro y sin pluma; espuela dorada.—Dado en Palacio á nueve de Julio de mil ochocientos sesenta y dos.—Está rubricado de la Real mano.—El Ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell.—De órden de S. M., comunicada por el Sr. Ministro de la Guerra, lo traslado á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes.»

Lo que traslado á V..... para su conocimiento.

Dios guarde á V..... muchos años. Madrid 16 de Agosto de 1862.—El General encargado del despacho, Tomás Cervino.

*Direccion general de Infanteria.*—Negociado 4.º—Circular núm. 322.—El Excmo. Sr. General Subsecretario del Ministerio de la Guerra, con fecha 4.º del actual, me dice de Real órden lo que copio:

«Excmo. Sr.: El Sr. Ministro de la Guerra dice hoy al Director general de Caballeria lo siguiente: La Reina (Q. D. G.) se ha servido disponer que á todos los individuos de la clase de tropa del arma del cargo de V. E. que cumplan el tiempo de su empeño hasta el 30 de Setiembre próximo, se les expida la licencia absoluta por fin del presente mes y que los que lo extingan en el resto del año pasen al batallon provincial á que corresponda el pueblo de su naturaleza ó punto donde les conviniere residir, tambien por fin de dicho Agosto; debiendo unos y otros recibir de sus actuales cuerpos los alcances que tengan en su masita y un mes de haber y pan por razon de marcha, siendo asimismo la voluntad de S. M. que se exceptúen de una y otra medida los individuos que deseen reengancharse con opcion á los beneficios que concede la ley de 29 de Noviembre de 1859.—De Real órden, comunicada por dicho Sr. Ministro, lo traslado á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes; teniendo presente que los individuos que disfrutaban premio pecuniario por razon de enganche ó reenganche, no deben pasar á provinciales, pues que extinguirán el tiempo de su empeño en sus actuales cuerpos.»

Y yo lo hago á V..... para su noticia y á fin de que los individuos á que la preinserta Real órden se contrae sean dados de alta oportunamente en el batallon de su mando, á cuyo efecto quedo en remitir á V..... relaciones nominales de los mismos con los documentos de su pertenencia.

Dios guarde á V..... muchos años. Madrid 17 de Agosto de 1862.

EL GENERAL ENCARGADO DEL DESPACHO,

Tomás Cervino.



## COMISION DE JEFES.

A los suscritores al *Album de la Infanteria española* se les remitirán sus pedidos al propio tiempo que se verifique con los que haya de mandarse á las bibliotecas de los cuerpos, que será tan luego como se conozca el número de ejemplares que corresponde á cada distrito, á fin de poder empaquetarlos en un mismo cajon para que no sufran deterioro.

## NEGOCIADO 2.º

Por Real orden de 15 del actual ha sido nombrado Gobernador militar de la provincia de Ciudad-Real, el Brigadier D. José Estremera y Muñiz, Coronel del regimiento infantería de Cuenca, núm. 27.

Por otra de 14 del mismo ha sido promovido al empleo de Coronel por el turno de eleccion con destino al regimiento infantería de Murcia, número 37, el que lo era graduado D. Torcuato Mendiz y Corera, Teniente Coronel mayor del de Zaragoza, núm. 42.

Por otra de igual fecha han sido promovidos á segundos Comandantes en propuesta reglamentaria, con destino á los batallones provinciales de Requena, núm. 72; Almería, núm. 46; Ronda, núm. 22, y Cuenca, núm. 23, respectivamente, los Capitanes D. Vicente Buigas y Raspall, del regimiento de Almansa; D. Salvador Ucelay y Cruz, del de Sevilla; D. Pedro Hars y Ros, del de Cuenca, y D. José Sanz y Muñoz, del de Galicia, los tres primeros por el turno de antigüedad y el último por el de eleccion.

## PARTE NO OFICIAL.

### CRÓNICA MILITAR.

#### GLOBOS AEROSTÁTICOS.

A las tres de la tarde (el ataque había empezado á las tres y media de la mañana), el General Jourdan me mandó elevarme y observar un punto sobre el cual me dió una nota. En tanto que yo estaba en observacion con un Oficial de mi compañía, un batallón que marchaba á otro punto por el camino mas corto, pasó por debajo de mis cuerdas, oí muchas voces que repetían con señales de mal humor que hacían batir en retirada, y distinguí perfectamente la voz de uno de ellos que dijo: «si marchásemos en retirada no estaria allí el globo.»

Muchos Oficiales austriacos que se hallaban en la batalla de Fleurus me han asegurado, cuando estaban en Francia, que habían disparado sobre nosotros muchos tiros. Despues de haber hecho algunos reconocimientos mas, seguimos los movimientos del ejército.

Estábamos cerca de las alturas de Namur, cuando un golpe de viento que no habíamos podido preveer, impelió al globo contra un árbol que lo abrió por la parte superior, de modo que en un momento quedó vacío.

No vacilé en volverme á Mauberge de donde nos habíamos alejado doce eguas, y llegamos al dia siguiente por la mañana. El globo que yo había pedido no había llegado, por lo cual creí que debía tomar la posta para acelerar la expedicion, pero tan pronto como lo recibí dispuse todo lo necesario para llenarle.

Despues de haber practicado diferentes reconocimientos por disposicion de algunos Oficiales generales que mandaban diferentes cuerpos de ejército, pasamos en barcos el Mosa para dirijirnos hacia Bruselas; pero á la puerta de la ciudad nos esperaba un nuevo incidente.

Otro golpe de viento llevó el globo contra un monton de leña cortándole por la parte inferior. Entré en el parque donde formé con un simple bramante un grande recinto que respetó la multitud de curiosos de todas clases. No tardé en reparar el accidente, y al cuarto dia volví á alcanzar al ejército.

Habiendo llegado á Borcette, cerca de Aquisgran, pude hacer un nuevo establecimiento en algunos meses que permaneci allí, y no bien lo habia concluido cuando recibí orden de trasladarme á Paris para formar una segunda compañía, y me encargué de conducirla al ejército del Rhin, en donde los reconocimientos obtuvieron el mismo resultado.

Los Generales austriacos y los Oficiales de su ejército se admiraban incessantemente de semejante manera de observarlos, que ellos llamaban tan sagaz como atrevida. Cuantas veces me he encontrado con ellos he recibido los testimonios mas honoríficos de su admiracion. Solo los franceses son capaces de imaginar y de ejecutar semejante empresa, me han repetido cuando les decia que lo mismo podian hacer ellos.

Recibí orden de hacer un reconocimiento sobre Maguncia, me aposté entre nuestra línea y la plaza á medio tiro de cañon; el viento era fuerte, y para oponerle mas resistencia subí solo aumentando el peso con mas de doscientas libras. Me habia elevado á mas de ciento cincuenta toesas, cuando tres borrascas sucesivas me volvieron á tierra con tanta fuerza que muchos barrótes que sostenian el fondo de la barquilla se rompieron, y se elevaba siempre con tal celeridad que sesenta y cuatro personas, treinta y dos en cada cuerda, eran arrastradas á grande distancia. Si las cuerdas hubieran estado sujetas á estacas como me habian propuesto, á no dudarlo se hubiesen roto.

El enemigo no tiró. Cinco Generales salieron de la plaza levantando sobre sus hombros pañuelos blancos; nuestros Generales, á quienes hice saber esto, fueron á su presencia, y cuando se encontraron, el General que mandaba la plaza dijo el General francés: «Señor General, os pido por favor que mandeis bajar á ese bravo Oficial: el viento le va á hacer perecer y no merece ser víctima de un accidente extraño á la guerra; yo fui quien mandó hacer fuego contra él en Maubenge.»

El viento se calmó un poco, y con esto pude contar á la simple vista los cañones que habia en las murallas y tambien las personas que andaban por las calles y plazas.

Los soldados enemigos que veian sobre ellos un observador tomando notas, estaban generalmente persuadidos de que no podian moverse sin ser vistos. Nuestros soldados eran de la misma opinion y encontraban en los observadores un nuevo género de bravura que excitaba su admiracion y su confianza. En nuestras marchas, siempre trabajosas, como la vigilancia

continua no permitia á ningun aeronauta dejar la cuerda que retenia el globo, nos encontrábamnos algunas veces en nuestro paso con refresco que nos habian preparado y tambien con soldados de tropas ligeras que nos traian vino.

Estábamnos acampados á orillas de Rhin delante de Manheim, quando el General que nos mandaba me envió de parlamentario á la orilla enemiga. Quando los Oficiales austriacos supieron que yo mandaba el globo me abrumaron con preguntas y cumplimientos; un Oficial que habia pasado el rio conmigo, me hizo observar que si mis cuerdas se rompian podria exponerme á caer en el campo enemigo. «Señor ingeniero aéreo, respondió un Oficial superior, los austriacos saben honrar el talento y la bravura: vos seriais tratado con distincion. Yo soy el primero que os ví y que os señalé al príncipe de Coburgo, de quien soy ayudante de campo, en la batalla de Fleurus.

Le dije que no se debia, segun la costumbre establecida, prohibirme la entrada en la plaza, puesto que elevándome en la otra orilla, dominaba la ciudad.

El General que mandaba envió al dia siguiente la autorizacion para que pudiese verla si nuestro General consentia en ello.

Si el balance que se sufre y que es mayor ó menor segun la fuerza del viento, es un obstáculo quando hay que hacer uso del anteojo (excepto en los grandes vientos, en los cuales tambien me he acostumbrado á servirme de ellos) debo advertir que casi siempre se distinguen á la simple vista los diferentes movimientos de los cuerpos de infanteria, de caballeria, de artilleria y de sus parques: en Maubenge, delante de Maguncia y en Manheim podia yo contar las piezas de artilleria en los reductos y en las murallas á la simple vista.

Lo que causa una impresion á la que necesita uno acostumbrarse, es el ruido que hace el globo quando está comprimido por golpes de viento repetidos; pues se forma en él una concavidad mayor ó menor, segun la fuerza del viento. Quando el golpe del viento ha pasado, el globo recobra su fuerza por la elasticidad del gas que estaba comprimido con una celeridad tal, que el ruido ó latigazo del tafetan se oye á gran distancia, lo cual podria hacer temer la ruptura si no estuviese contenido por la red. Por lo demás, este accidente nunca me ha sobrevenido, á pesar de haberme servido muchas veces de un globo, cuyo tafetan habia perdido casi toda su fuerza.

En un reconocimiento que hice en las orillas del Rhin quando me habia elevado á ciento cincuenta toesas, un estremecimiento de frio me obligó á sentarme por la primera vez en mi barquilla y esto me causó una fiebre violenta que me puso en las puertas de la tumba en Frankental, en

donde habia planteado un establecimiento. Mi Teniente tomó el mando de la compañía y pasó el Rhin; en la primera noche su globo fué acerbillado de postas é inutilizado.

El que dirijia el Capitan L'Homond, Comandante de la primera compañía, al cual no habian podido desmontar ni las bombas ni las balas delante de Erhenbeistein fué igualmente atravesado de muchas balas cerca de Francfor. Esta compañía cayó prisionera de guerra en Wartzbourg, en Franconia, y formó despues parte de la expedición de Egipto.

Obligado á tomar una licencia, apenas estaba convaleciente cuando volví á entrar en Paris, en donde ascendí al grado de Comandante, volviendo despues á continuar mis trabajos en Meudon.

Tal es el relato de los primeros ensayos hechos en los ejércitos. Los signos se hacian desde el globo por medio de banderas y desde la tierra con diferentes paños extendidos en el suelo de varios modos, lo cual constituia un telégrafo fácil de entender. De desear sería que tratándose de perfeccionar la construccion de los globos, hubiera en los ejércitos compañías mandadas por ingenieros aeronautas.

A las noticias contenidas en el artículo anterior debemos añadir, que esos resultados motivaron la formacion en Francia en la época citada de un batallon de aeronautas con cuatro compañías, de las cuales llevó Bonaparte dos á Egipto con varios globos; mas no correspondiendo allí á lo que se esperaba de ellos se abandonó su uso. Volvieron á ensayarse en Argelia en 1830: los rusos los emplearon despues en Sebastopol, los franceses en Italia en 1859 y últimamente los anglo-americanos en su guerra actual.

Tomamos del *Année scientifique et industrielle*, publicado en Francia por Mr. Figuier, la siguiente explicacion de una carabina que puede disparar 50 tiros en un minuto:

En el *revolver* conocido hasta ahora es siempre corto el número de tiros, porque estando colocados los tubos en que se ponen los cartuchos alrededor de un cilindro que gira sobre su eje, el número de estos tubos no puede ser mayor de cinco ó seis, porque con un número mayor de tubos las dimensiones del cilindro serian demasiado grandes, y el arma por consiguiente sería poco portátil. Un armero, Mr. Farre, ha concebido la feliz idea de colocar los tubos de los cartuchos en una barra horizontal separada del cañon. Cuando se quiere tirar se toma esta barra, provista de antemano de sus cartuchos, y se la coloca atravesada, formando una cruz con el cañon. Despues de cada tiro, y por el mecanismo mismo del *revolver*, la barra cargada, que tiene delante un diente ó muesca, presenta un nuevo cartu-

cho al golpe del gatillo: Descargada esta barra se la reemplaza por otra enteramente igual, y como cada barra lleva diez cartuchos, y se pueden descargar cinco barras en un minuto, se ve que la carabina puede disparar cincuenta tiros por minuto.

No es nuestro ánimo entrar ahora en apreciaciones sobre la importancia de esta arma, ni fijar el lugar que ocupará entre los aparatos de destrucción ya conocidos, ni discutir las aplicaciones de que será susceptible: nuestro objeto no es mas que llamar la atención de las personas competentes sobre este invento que presenta un carácter evidente de originalidad, que permite conseguir un resultado, que se cree paradójico al enunciarlo, que está llamado sin duda alguna á satisfacer necesidades que se tocaban en la guerra, y que ha costado, en fin, muchos años de trabajos y de gasto á un modesto obrero, digno de recompensa. (*Honor.*)

#### LA EXPEDICION DE ORAN EN 1732.

Cuando Felipe V fijó su residencia en Sevilla, se le recordó un voto que habia hecho de conquistar á Orán, que se hallaba en poder de los moros desde 1708, mediante la rendicion de la plaza que mandaba el marqués de Valdecañas. Felipe V impetró al efecto autorizacion del Papa para imponer contribuciones sobre los bienes eclesiásticos, y obtenida que fué, comenzáronse los preparativos de la expedicion, aunque con el debido sigilo. Alarmáronse con los preparativos los representantes de las potencias que se hallaban en Sevilla, hasta el punto de temer el Austria alguna sorpresa; mas habiéndose dado las explicaciones competentes, y estando ya hechos todos los preparativos, no se tuvo dificultad en anunciar público el verdadero objeto, el único objeto de aquellos aprestos, para lo cual se expidió por Felipe V el siguiente decreto dirigido al arzobispo-gobernador del Consejo de Castilla.

«Siendo mi ánimo no dejar separar del seno de la Iglesia y de nuestra santa religion católica ninguno de los dominios que la divina Providencia puso á mi cuidado cuando me colocó en el Trono de esta Monarquía, que por la superioridad y multitud de mis enemigos me han sido violenta y fraudulentamente quitados, lo cual me ha hecho estar meditando siempre el modo de poderlos reunir: no habiendo podido hasta ahora por varios motivos lograr este deseado objeto, ni emplear para conseguirlo las considerables fuerzas que la Omnipotencia divina ha puesto á mis órdenes; y sin embargo de no hallarme hoy enteramente desembarazado de otros cuidados, he resuelto recobrar la importante plaza de Orán, que fué en otros tiempos objeto de la piedad y valor de la nacion española; y habiendo

principalmente considerado, que si esta plaza permaneciera en poder de los bárbaros africanos se cerraría la puerta á la propagacion de nuestra santa religion, y serviria de prision para tener en ella esclavos á los habitantes de las costas inmediatas de España; teniendo por otra parte justas razones para temer, que si los bárbaros llegan una vez á aprender el modo de hacer la guerra por mar y por tierra, se aprovecharian de la posicion de aquella plaza y su puerto para devastar las provincias vecinas de estos reinos cuando no haya tantas tropas como en la actualidad; con la asistencia del Todopoderoso, y para conseguir este importante objeto, he mandado reunir cerca de Alicante un cuerpo de 30,000 hombres, si se necesitan tantas fuerzas, así de infantería como de caballería, provistos de todos los víveres, artillería, municiones y útiles convenientes para la empresa, bajo el mando del Capitan general Conde de Montemar y otros Oficiales generales y particulares que he nombrado, cuya experiencia y valor me hacen esperar un éxito glorioso, los cuales, embarcados de mi orden en un suficiente número de buques y escoltados por los navíos, galeras y galeotas que he hecho preparar, marchen inmediatamente á Africa á reconquistar á Orán. Pero como no puede salir bien ninguna empresa de los hombres sin el auxilio de la divina Providencia, se hará saber mi intencion á los Arzobispos, Obispos, Cabildos eclesiásticos, ciudades y pueblos de mi reino, segun se acostumbra, para obtener de Dios que bendiga y proteja mis armas y mis deseos por el éxito de esta importante expedicion.

Dado en Sevilla á 3 de Junio de 1732. — Yo el Rey. — Refrendado. — Patiño. »

Con esta declaracion oficial quedaron tranquilos los enviados de las potencias extranjeras, y ya no se pensó mas que en dar la última mano á los preparativos de la expedicion. Componiase esta de 12 navíos de guerra, 2 paquebots, 2 bombardas, 7 galeras, 8 chabeques, 4 galeotas, 4 barcos longos y 560 naves de trasporte, todo lo cual formaba un total de 599 velas. El ejército se componia de 32 batallones de infantería, 12 escuadrones de caballería y 12 de dragones, 7 Tenientes generales, 9 Mariscales de Campo, 42 Ingenieros superiores, 12 Oficiales de Estado Mayor de la artillería, un Capitan general primer Jefe (el Conde de Montemar), un Teniente general segundo Jefe (D. Francisco Cornejo), y un Mariscal de Campo tercer Jefe (D. Blas de Tesso). En total mas de 30,000 hombres.

La expedicion salió del puerto de Alicante el 15 de Junio, doce dias despues de la declaracion real; mas tuvo que refugiarse en el cabo de Palos á causa de un furioso temporal que obligó á la escuadra á permanecer allí hasta el 24 en que salió con direccion al Estrecho. El 25 vió la costa de Orán; pero las corrientes y vientos contrarios la impidieron fondear hasta el 28 sin pérdida ni desgracia.

El 29 comenzó el desembarco á una legua al Occidente del castillo de Mazalquivir, protegido por los fuegos de la escuadra. Los moros opusieron alguna, aunque débil resistencia, á las tropas desembarcadas; mas habiéndose notado que algunos de sus escuadrones querian rodear un destacamento español, mandado situar en una fuente poco distante del ejército, dispuso el General en Jefe ó Capitan general que fuesen por aquel punto 16 compañías de granaderos, á las órdenes del Mariscal de Campo D. Lucas Fernando Patiño (despues Marqués de Castelar), y 400 caballos á las del Marqués de la Mina, de igual graduacion que aquel, para que estas fuerzas cortasen el camino al enemigo, apoderándose á la vez de una altura ventajosa por su posición, que cubria el ala derecha del ejército.

A vista de esta maniobra creyeron prudente los moros emprender la retirada, como lo verificaron.

Habia dispuesto el Capitan general al ejecutarse el desembarco que se construyera un fuerte á orillas del mar, al pié de la montaña del Santo, á fin de asegurar la comunicacion con la escuadra y cubrir el desembarco de víveres y municiones; y así que esto fué observado por los moros, tomaron sus precauciones y bajaron despues atacando á los trabajadores; pero habiendo acudido instantáneamente las tropas en buen orden y concierto, cargaron con viveza á los moros y se empeñó la batalla, que se hizo general en toda la linea. El Capitan general, hombre sagaz y de grandes conocimientos militares, dispuso su izquierda de tal modo que conteniendo el ímpetu de los moros pudo con seis columnas ganar la altura de los montes de que ellos habian bajado. Este paso decisivo de la batalla hizo que les fuera luego arrojando de colina en colina hasta que los puso en completa desordenada fuga.

El fruto de esta victoria no se hizo esperar por muchas horas. La batalla tuvo lugar el 30 de Junio, y el 1.º de Julio abria Orán sus puertas al español, resultando que el ejército moro, compuesto de 22,000 árabes y 2,000 turcos, se halló cortado con la plaza, teniendo una pérdida de 508 soldados y 16 Oficiales muertos (que se vieran), con mas un grandísimo de heridos, siendo la pérdida de los españoles mucho menor.

Las tropas españolas se apoderaron de 138 piezas de artillería, las 87 de bronce y las demas de hierro, y 7 morteros, con un gran número de provisiones y utensilios, además de 12 piezas de campaña que los moros abandonaron en su fuga, y una goleta grande y 5 bergantines.

(Novedades.)

## VARIEDADES.

Creemos que se leerá con gusto el siguiente interesante artículo tomado del *Reino*, y relativo á las glorias de una provincia contra la cual se estrellaron, con intermedios de siglos, los esfuerzos de los romanos, de los árabes, y de los franceses; y en cuyas montañas en el siglo VIII tuvo principio la restauracion española, siendo la cuna de nuestra monarquía.

### GLORIAS DE ASTURIAS

No vamos á escribir un artículo erudito; no vamos á registrar antiguas crónicas y á desentrañar hechos sepultados con los viejos pergaminos que los consignan: grande y curiosa empresa sería la que se propusiera dar cohesion, reunir en un solo cuerpo, depurándolos convenientemente, todos los sucesos que en el largo curso de la historia han ilustrado á ese país, riquísimo en gloriosas tradiciones. Pero para esa empresa se necesitarían dotes de que carezco, y contar con horas de calma, en vez de los fugitivos instantes de que yo puedo disponer para un trabajo de esta índole.

Entro, pues, con harta desconfianza en un terreno de que otros podrían sacar tan buen fruto, porque quizá, á no advertirlo, defraudaría las esperanzas, sobre todo en aquellos de mis paisanos que, engañados por el epígrafe de este artículo, le leyeran creyendo que el resto respondía fielmente al título.

#### II.

Un pueblo que ama su independencia y su libertad, y que se distingue en la historia por estas dos generosas y nobles aspiraciones, que llegan á formar su carácter distintivo, tiene que ser un pueblo de grandes y provechosas virtudes. Los pueblos, según un eminente filósofo, no tienen honor cuando no lo sacrifican todo á su independencia; no tienen dignidad cuando, si han perdido su libertad, no aspiran á recuperarla.

Nada mas grosero y denigrante, en efecto, que la servidumbre. Si se

registra la historia, no se encontrará uno solo de esos pueblos que se habituaron á las cadenas, en donde no se hayan relajado los vínculos morales, en donde una corrupcion sin medida no haya gangrenado el cuerpo social, como si en el momento en que deja de llevar el alma esa aspiracion sublime, miasmas impuros envenenaran el espacio y solo la putrefaccion constituyera la atmósfera que se respirase.

En la antigüedad se personifican todas las virtudes en Esparta, el gran pueblo que tan severo y entusiasta culto rendia á estos sagrados objetos de libertad é independencia; al mismo tiempo que la Persia representaba los vicios y la degradacion.

El primer timbre de todo pueblo es haber conservado su existencia propia; y siempre valdrá mas la espada mugrienta y rota que represente el arma de combate del oprimido contra el opresor, que el monumento artístico de un pueblo que vive tranquilamente uncido al carro de un tirano.

Y es que los pueblos, filosóficamente hablando, no existen cuando viven á merced del primero que les impone su yugo; y para manifestarse en la vida artística y científica, necesitan ante todo *existir*.

### III.

Bajo este punto de vista, Astúrias toda, mas propiamente hablando, la Cantábria toda, (en el certámen que celebrasen los pueblos europeos para exponer sus méritos al reconocimiento de los siglos, podria presentarse segura de disputar el premio hasta á la Suiza, ese pais hermano suyo por la naturaleza y por el clima, por las costumbres y las tradiciones.

Remontáos si no mas allá de su historia y la tradicion, cuando el pergamino no se habia prestado á mencionar sus hechos, os señalará vagamente un pueblo primitivo, tan dócil al trabajo como fiero á la servidumbre.

El cántabro de los primeros siglos ofrece ya el tipo característico de lo que ha sido despues.

Amante de sus montañas, sóbrio, dulce, resignado, no abandona nunca la guarida en que levanta su cabaña y los ganados que apacenta, sino cuando una mano hostil viene á provocarle. Entonces, con la agilidad y la fuerza de que le dotaron los ejercicios á que se dedica, la misma sobriedad en que vive, y su organizacion privilegiada por la salubridad del clima, por la atmósfera pura que respira, por la honestidad de sus costumbres, le hacen fortísimo, y sin otra arma que el leño que desgaja de la encina ó del roble, vierte el pavor entre sus enemigos, los desaloja de sus posiciones, y cuando los ha hecho descender al llano ó correr á través de las gargantas de sus montes, vuelve á subir sus empinadas crestas para reparar

sus fuerzas, acostándose sobre un lecho de pieles, despues de haber asado sobre el encendido tronco de haya el pedazo de carne de jabalí que antes matara entre los añosos castaños.

La soledad fortifica su espíritu. Su patria la representa en todos los objetos exteriores, en medio de los cuales vive. Disputadle la soberanía de sus montañas, y el cántabro creeria que atacais algo de su propia existencia.

En efecto, los habitantes de las montañas aman á su país con el amor que el adolescente consagra al objeto de su corazón. No parte de sus laderas sin que una lágrima rueda por sus mejillas, sin que su alma se sienta apoderada de una intensísima tristeza. A la manera que grabamos en la imaginación las facciones de la mujer querida, el montañés graba en su mente el mas vago de los contornos de la cordillera que cruza sus valles. Solamente él muere melancólicamente, sin otra enfermedad que su honda tristeza, cuando en país lejano no le alumbra el sol que veia lucir todas las mañanas por detrás de la cortina inmensa de árboles que coronan la cresta de sus queridos montes. ¿Hay algo mas tierno y mas poético que esas dolencias del alma originadas por el amor mas puro, desinteresado é inmaterial?

En tanto que el cartaginés triunfaba por la astucia, principalmente en nuestras provincias meridionales, los cántabros vivian independientes. Con menos relacion con la vida mercantil ó industrial, de que nada necesitaban, porque su principal ocupacion era la caza, los extranjeros tenian difícil acceso á sus guaridas, suspendidas como nidos de águila en los cerros mas elevados. Además, los borrascosos mares de la Cantabria eran un antemural poderoso para que las naves de aquellos tiempos llegaran á arribar á sus costas.

La dominación cartaginesa no llegó, pues, á sentirse entre aquella sociedad de Nemrobs, ni entre las pobres barracas extendidas en el extenso litoral de sus costas.

Peró aquellos mercaderes que habian invadido la Bética no tardaron en ser expulsados por sus eternos enemigos los dominadores del mundo.

El soldado romano puso el pié en nuestra patria; y en tanto que las legiones de César se abrian paso por medio del hierro y del fuego á través de la bella Península ibérica, el astur, ageno á aquel torrente de guerreros que habian domado á Cartago y extendido los confines de su imperio desde las islas Británicas hasta el Tigris, desde el Danubio hasta el Atlas, cazaban en sus bosques el jabalí y el oso ó perseguian al robezo y al ciervo, haciéndolos caer heridos en su rápida carrera por su certero venablo.

Un día que el cielo se mostraba limpio de nubes y en que la brisa matinal había disipado la densa niebla que á la manera de velo misterioso flotaba sobre las floridas faldas de las montañas, el astur percibió, con su mirada de águila, resplandecer á lo lejos un objeto semejante á la superficie de un lago herido por los oblicuos rayos del sol. Aquel fenómeno llamó su atención y avivó su curiosidad. Desde la puerta de su cabaña, tapizada con las pieles de las fieras muertas á sus manos, rodeado de sus hijos, que seguían con la vista la dirección de sus miradas, el montañés esperó tranquilo ver aclarado aquel misterio. Los resplandores herían con más fulgor á cada momento la pupila de los observadores. El inmenso disco que miraban avanzaba como un globo luminoso. Pero bien pronto pudieron apreciar lo que aquello significaba. Cuando sus ojos se separaron de aquellos focos de luz, fué para fijarse en los hombres que los llevaban sobre su cabeza y sobre su pecho; y entonces vieron que aquellos hombres llevaban armas, que aquellos hombres entraban en son de guerra. Ni el casco ni la armadura en que tan brillantemente se reflejaba el sol, pudieron retenerlos en una pueril curiosidad.

Al clarín de guerra que atronaba las concavidades de la montaña, perdiéndose á lo largo de sus gargantas, respondió el toco cuerno con que los montañeses se citaban en los bosques. El astur abrazó á sus hijos, y encastrándose en la copa de la encina, hizo salir de sus labios un grito agudo, el grito de alarma, como si los lobos invadieran la comarca, enfurecidos por el hambre. Y ese silbido resonó de cabaña en cabaña, y un momento después los cántabros descendían á interponerse al paso del invasor, pidiéndole una tumba ó su independencia.

## VI.

Los valles resonaron con el fragor del combate. Los disciplinados ejércitos de la soberbia Roma á duras penas podían resistir al ímpetu de los valientes que descendían de los montes.

Acostumbrados á humillar y vencer en una batalla á pueblos enteros, las legiones del César peleaban enfurecidas contra un puñado de astures que les disputaban el paso, diseminados por los flancos de la angosta vereda por donde caminaban los conquistadores. La admiración y la rabia de los soldados del imperio crecía á medida que veían de cerca á sus enemigos, cuyo robusto cuerpo apenas cubrían las pieles, en tanto que ellos iban preservados por sus anchas corazas y bruñidos cascos.

La primer batalla fué espantosa. Un número increíble de cadáveres tapizó el verde musgo de las laderas, y algunos días despues el graznido del cuervo, meciéndose en el aire sobre su presa, anunciaba al montañés el sitio en donde yacian las víctimas de su heroicidad.

Desde este dia de fatal pero gloriosa recordacion, un estremecimiento magnético puso en conmocion á todos los habitantes de las montañas circunvecinas, y los cultivadores de los valles marchaban en el silencio de la noche á reunirse á sus compatriotas, despues de haber aplicado la tea incendiaria á sus mieses y á su rústica vivienda, para que el enemigo comun no encontrara á su paso mas que ruinas y desolacion.

El peligro comun reunió aquellos miembros de una misma familia, dispersos por los cerros, los valles y las breñas, y formaron diferentes grupos, para asaltar aquí y allá al enemigo, persiguiéndole eternamente.

El soldado romano se vió, pues, colocado en frente de unos hombres que no tenian semejanza en la manera de combatir con ninguno de los hombres con quienes habia medido sus armas.

A semejanza de la roca que se desprende de lo alto de la montaña y que rompe y destroza cuantos obstáculos se oponen á su paso, los astures caian de improviso sobre las huestes conquistadoras; y cuando estas, apenas repuestas de lo imprevisto del ataque, querian defenderse y atacar, no encontraban enemigos, respondiéndolo solo á sus gritos de rabia el canto de victoria entonado por los agresores desde los vericuetos adonde habían subido, despues de atacar, con la agilidad de la cabra montés.

## VII.

Los mejores capitanes de la altiva Roma fueron vencidos por aquellas hordas de montañeses, á quienes el hábito de combatir hacia cada dia mas audaces, ya que no mas fuertes.

Pero á la ciudad de los Césares le parecia una humillacion la tardanza en la conquista de un rincon de terreno, cuando sus legiones paseaban sus armas por todo el mundo.

A la noticia de los primeros desastres, nuevos escuadrones franquearon la cordillera de montañas que forma sus limites naturales con las provincias castellanas, y la lucha empezó de nuevo; pero ni el número infinito de los enemigos, ni su renombre de valientes, hizo que desmayaran los asturianos.

En vano acudió al terror: en aquellos hombres el sentimiento de la independencia embotaba todos los demas sentimientos.

Los mismos soldados romanos afirmaban que las montañas de Asturias eran una *madriguera de fieras*, dando así á entender el desesperado arrojo de sus habitantes.

Sucedía que en los diarios encuentros que invadidos é invasores solían tener, frecuentemente el cántabro era hecho prisionero de guerra; pero no había ejemplo de que demandase gracia ni perdon, pues él mismo se inmataba por su propia mano, antes que recibir la vida de un extranjero á quien aborrecía con todo el calor de su alma.

Estas luchas duraron muchos años; ¿pero lograron los romanos imponer el yugo á los cántabros? Los historiadores no están de acuerdo sobre este punto; pues en tanto que unos aseguran que Astúrias fué la única provincia de España que no estuvo sujeta á aquella dominacion, afirman otros que solo al cabo de doscientos años consiguieron subyugarla.

Los romanos colonizaron, sin embargo, los llanos, fundando poblaciones que desaparecieron dejando solamente algunos dudosos vestigios, y otras que sobrevivieron á la catástrofe de los tiempos.

Pero los conquistadores, si dejaron impresa allí su huella, fué dejando sus huesos insepultos en los valles ó con una tosca inscripcion sepulcral entre las rocas.

### VIII.

La gran catástrofe del mundo romano se acercaba. El brazo iracundo de Dios iba á demoler, sirviéndose del brazo implacable de los bárbaros, aquel imperio corrompido, extendido por toda la faz del mundo antiguo.

En tanto que Alarico llegaba á las puertas de Roma, para hacer la guerra en su propio seno á *aquellos contra quienes Dios estable irritado*, como un torrente que cae de lo alto de una montaña, los vándolos y los godos, que habian penetrado en las Galias, llegaron arrasándolo todo, á través de la cordillera que forma los Pirineos, hasta el centro de Astúrias.

El ángel de destruccion no se cierce tan fatídicamente como ellos sobre las poblaciones en que ponian su planta.

Los soldados romanos temblaron solamente al aspecto de unos hombres que parecían no tener nada de comun con la figura humana.

Los cántabros casi puede decirse que no tuvieron otra noticia del paso de tales guerreros mas que por las poblaciones incendiadas, cuyas llamas subian hasta sus cabañas con un resplandor rojizo, ó por el estruendo de las armas, que llegaba hasta ellos perdiéndose en la selva.

¿Qué mano los vengaba de la profanacion de sus invasores? Hé aqui lo que fué un misterio para ellos.

Los cántabros fueron en estas luchas mudos espectadores.

(Se continuará.)